el artista del alambre, año 2020

las estatuas de la galería

Todas las estatuas de la galería reposaban sin cabeza sobre columnas llenas de filigranas. Buscó las extremidades desaparecidas en el patio, en los cientos de corredores y en la sala capitular. No estaban en parte alguna, aquellas estatuas parecían haber sido talladas con un hueco en el lugar que correspondía a la cabeza.

No pudo evitar una risa histérica al comprender lo que representaban: eran como las figuras que danzaban en sus pesadillas.

Había llegado a las ruinas de aquel monasterio en busca de un refugio y un olvido que no creía merecer y allí, entre los muros de piedra, aguardaban todos sus fantasmas atrapados en una muerte sin el descanso prometido. Él estaba vivo y todos ellos muertos, entendía su enfado, él tampoco quería seguir con vida.

Decidió que fuese el tiempo quién dejase alguna explicación en la orilla de su subconsciente. Pasaron los días sin tregua y en el cuarto amanecer la fiebre cubrió de niebla cada uno de sus pensamientos, perdió el norte, el sur y no le quedo nada entre las manos a lo que aferrarse. Apenas había comido ni dormido en las últimas semanas y los fantasmas decidieron, por fin, mostrarse ante él.

No quedaba mucho de ellos, algunos trozos de carne que sobresalían entre unos huesos amarillentos que levantaban para señalarle con dedos putrefactos. No podían hablar pero no hacía falta, sabía lo que querían decirle. Tú nos traicionaste a todos, aún seguimos esperando que vuelvas. Es eso, ¿verdad?, les grito. No hubo respuesta.

Aún no había visto al peor de ellos, aguardaba inmóvil en el fondo de la sala. Un esqueleto casi sin ropa, unos huesos pequeños y frágiles de gorrión y los brazos y piernas rotos en posiciones extrañas que dolía sólo de verlos. Lo reconoció al instante y supo que ya nunca encontraría el perdón ni el descanso: aquel fantasma sería el último recuerdo que tendría de la mujer que había amado, un recuerdo que le perseguiría por el resto de sus días.

No pudo seguir mirando.

Escribió todos y cada uno de sus pecados con ceniza en las paredes del refectorio. Bailó desnudo y llamó a la muerte en todas las lenguas que conocía. Cuando nada de eso funcionó, defecó con rabia sobre los libros sagrados y prendió fuego al cristo petrificado de la sacristía.

La muerte pasó a su lado sin apenas mirarle.

Al séptimo día comenzó a cavar las tumbas. Una por cada aparición, una por cada historia que ya nunca sería contada. La última, la suya, en la que esperaba encontrar el descanso justo al lado de la destinada a la mujer de los brazos rotos. Al otro extremo dos tumbas más pequeñas, mucho más pequeñas.

La muerte, impasible, aguardaba paciente a que finalizase el trabajo. Tenía los brazos cruzados y lo miraba con desprecio. No tenía ninguna prisa, ya sabía como terminaba aquella historia.

en la tierra como en el cielo

Había aceptado la visión de la guerra que cantaban los juglares. Cada uno de los versos, desde la noble muerte hasta la gloria y las miradas puras, sin culpa ni rencor justo al final.

La guerra vivía lejos, aún no conocía su verdadero rostro.

Era su último hijo, los demás se habían ido por culpa de enfermedades que en última instancia remitían a la miseria que poblaba sus vidas. El más pequeño, una hembra diminuta y amoratada que nunca lloraba se había llevado también a su mujer al nacer. Un mes después, como abrumada por la culpa, la niña había seguido en silencio a su madre.

Su último hijo era fuerte y grande y estaba cansado de aquella vida entre el barro que los convertía en animales pataleando para sobrevivir. En cuanto pudo se hizo con una alabarda y una cota de cuero y se unió a los ejércitos del rey. *Pronto expulsaremos a los invasores de nuestras tierras, dijo con orgullo antes de partir.*

Los invasores habían vivido en aquellas tierras mucho antes de que alguien dibujase un mapa de ellas, pero era demasiado viejo para discutir con su hijo. Sus palabras eran palabras cansadas, eran un eco y nadie lo escuchaba.

La guerra se acercaba, pero aún no conocía su verdadero rostro.

Fue a buscarlo al campo de batalla. Estuvo dos días junto a otros muchos fantasmas, casi todo mujeres, que giraban cadáveres destrozados en busca de un rostro conocido y después lloraban. Todos lloraban, no importaba si encontraban o no lo que buscaban.

Había sido torturado, lo supo enseguida. Desnudo, una mancha oscura, inabarcable, en lugar de los genitales, los dientes desperdigados por el suelo y colgado de un árbol con los intestinos, azulados y pútridos colgando a sus pies. Levantó la cabeza, no estaba sólo en aquel horror. Más cadáveres, más miembros cercenados que aún sujetaban el arma y el olor inconfundible que siempre llevaría consigo de la sangre, la mierda y el barro. El barro bitumitoso que amenazaba con ahogarlos a todos.

También vio a los vivos. Un grupo de soldados, sanos, fuertes y vencedores. Apoyados presuntuosos junto a un carro. Se reían, eran capaces de reírse en medio de todo aquello. Desde ese día esos rostros serían los que aparecerían en sus pesadillas torturando a su hijo.

Levantaremos una gran catedral en honor a nuestra victoria. Clamaba el obispo. *Se lo debemos, Dios ha luchado con nosotros*. En ningún momento quiso mirar a los muertos que aún sembraban el campo de batalla. Pero los muertos imponían su presencia, el Obispo llevaba un pañuelo perfumado pegado a la boca.

Recogió sus herramientas, se presento en la ciudad y rebajo el precio hasta lograr hacerse cargo de las figuras inferiores del pórtico. Retrató a su hijo en cada una de ellas, en un grito mudo que no llegaba a producirse y torturado por Diablos sin rostro que no eran humanos. Las figurabas que plagaban sus pesadillas. Los miedos de los que ya nunca podría desprenderse.

Trabajo sin descanso, puso en ellas hasta el último gramo de lo poco que le quedaba. Apenas comió, casi no durmió, cuando termino bajo los brazos y supo que sólo quedaba esperar la muerte.

El obispo contemplo el resultado y dio un paso hacia atrás santiguándose y lanzando sortilegios en latín. Al día siguiente le pagaron lo acordado sin escatimar una moneda, nada de regateos, nada de intentar pagarle con rezos o comida.

El ayudante del obispo se lo explicó. Nunca habían visto nada así, era pura brujería lo que vivía en aquellas piedras, habían sentido miedo. Esas piedras bajo su cincel gritaban, supuraban dolor. Eran más reales en su agonía que la figura crucificada que coronaba el arco.

¿Cómo has logrado representar así el infierno?, le preguntaron. *¿Acaso has leído las escrituras?*, añadieron con desconfianza.

Estuvo así de cerca de sonreír al contestar, *me he limitado a reflejar lo que he visto en la tierra.*

Mi abuela fue llenando con plantas de todas las especies los huecos dejados por las personas que desaparecían de su vida. Cada vez que quedaba una habitación libre en aquel piso enorme y atestado del centro en el que vivían casi como una comuna, mi abuela ocupaba el territorio con una maceta en cuyo interior latía un pequeño esqueje, la promesa de algo mucho mayor.

aquellos días

Aquellos fueron los días en los que salía con el coche a dar vueltas sin rumbo. Me gustaba acercarme a última hora a los enormes centros comerciales de la periferia aunque me pusiesen triste. Lo cierto es que quería ponerme triste, lo necesitaba para poder seguir con mi vida. Tampoco yo lo entiendo muy bien, la verdad, pero a veces necesitamos ponernos tristes, para confirmarnos algo, para cerrar alguna puerta... no lo sé.

Llegaba justo a la hora de salida de los cines y os veía salir, tan jóvenes, tan al principio de algo que era imposible no entenderos. Casi siempre unidos de la mano y llenos de planes de futuro siempre brillantes en medio de tanta oscuridad. La vida tiene que ver sobre todo con los principios, en realidad es lo único que de verdad importa.

El aparcamiento tardaba en vaciarse. Me quedaba a solas con alguna vieja canción que salía de los altavoces colgados de las farolas y pensaba, no dejaba de hacerlo. Pensaba que cada canción hablaba de ti, de mi, de nosotros... de cualquier cosa a la que pudiese aferrarme.

Después seguía conduciendo sin propósito, casi siempre hasta alguno de los puentes que abrazaban como arañas la autopista de circunvalación. Siempre había tráfico, daba igual la hora, fogonazos furiosos de rojo y blanco arañando la noche. Soñaba con estar dentro de alguno de esos coches camino de algún sitio, un hogar, un trabajo... un destino. Entonces creía que tener un propósito, una dirección, podía salvarme.

Paso a paso, es lo que decía casi todo el mundo en aquellos días. Vas avanzando poco a poco y cuando quieres darte cuenta ya has llegado, en eso consiste la vida, ¿verdad?

Estaba instalado en mi tristeza y era un lugar confortable. Algo que creía poder manejar. Lo había llenado de objetos agradables, viejas canciones, puñados de fotografías y de esas cosas que pones en los muebles para evitar que los vasos dejen una marca. Era un sitio al que siempre sabía volver y que sentía como propio.

No me daba miedo esa tristeza, estaba convencido de que sabría salir de ella cuando quisiera. Pero en aquellos días me limitaba a conducir sin dirección y eso era algo que aplicaba a todas las facetas de mi vida.

También me encontraba con tu rostro en casi todas las actrices de porno que veía, medio a escondidas y con la culpabilidad alojada en el pecho. Eso es algo que me cuesta mucho reconocer, poner por escrito, aunque supongo que eso ya no importa.

También te veía a la salida de los cines. Siempre eras tú y siempre sonreías y, a veces, me descubrías agazapado tras el volante y levantabas una mano en forma de saludo en mi dirección. Aunque no era capaz de descifrar si era un saludo o una despedida. Quizás no haya diferencia, un saludo siempre lleva implícita una despedida. Eso es algo que me he propuesto no olvidar.

Paso a paso, os dirán, vas avanzando poco a poco y un día ya has llegado. Ese es el truco, no pensar en llegar, simplemente aparecer en el sitio.

Vuelves a sonreír y levantas la mano en mi dirección. Pareces feliz y eso debería ser suficiente. No debo ser egoísta, paso a paso, no lo olvidemos.

El coche ronronea bajo mis pies. No hay prisa, me dice, tenemos toda la ciudad para nosotros y, aunque no sea cierto, decido creer en ello con todas mis fuerzas.

Una de las primeras cosas que aprendes en las clases de física multidimensional es como la energía de nuestro universo se distribuye siguiendo la forma de una espiral de Fibonacci. Una energía, nos recordarán, que es incapaz de morir y sólo puede aspirar a transformarse una y otra vez hasta alcanzar el desorden definitivo.

Todo comienza cuando las partículas se asoman a nuestro universo y quedan atrapadas en alguna de las infinitas espirales de las que no pueden escapar. Al final, tras una breve lucha, claudican en un descenso vertiginoso donde alcanzan velocidades cercanas a las de la luz.

Energía, calor, movimiento... trabajo, nos escriben en la pizarra y todos copiamos obedientes.

Los mininos, como criaturas multidimensionales que son, viven con una pata en cada universo de manera simultanea y pueden ver las espirales forjándose ante sus ojos. Sienten esa energía electrizando cada uno de sus bigotes y pueden utilizarla para recargarse, para vivir.

Por eso, cada vez que vemos un gato durmiendo formando un perfecto Fibonnaci contemplamos a un gato acumulando energía para el resto del día. Una energía pura, devastadora si no se administra con cuidado: el más mínimo error de cálculo puede provocar combustiones espontáneas de las que ya hablamos con detenimiento en este otro artículo.

Ese combustible es lo único que necesitan para seguir con sus vidas, nada más. Si dejan perdido el arenero, si maúllan lastimeros ante cualquier lata que abramos o si nos persiguen por toda la casa juzgando y midiendo nuestros actos, no lo hacen para asegurar su supervivencia. No, todos esos rituales los hacen para dotar de un sentido a nuestras tristes vidas.

Los gatos, en su inmensa sabiduría, saben que no existe empresa más noble y elevada en la vida de un ser humano que ser esclavizado por un puñetero micho.

los gatos fibonacci

almas tenues

Onryō — Son fantasmas vengativos que vuelven del purgatorio por un mal hecho a ellos durante su vida.

Ubume — Es el fantasma de una madre que murió durante el parto, o murió dejando niños pequeños. Estos yūrei suelen regresar para cuidar de sus hijos y a menudo les traen dulces.

Goryō — Son fantasmas vengativos de la clase aristocrática, en especial aquellos que fueron martirizados.

Funayūrei — Son los fantasmas de los que fallecieron en el mar.

Los muertos no siempre encuentran el camino hacia el descanso que (suponemos) es eterno. A veces se pierden en ese camino que (volvemos a suponer) es luminoso y fácil de encontrar. Es más, no siempre se pierden, en ocasiones desean perderse. Lo desean con tantas ganas que lo logran, quedan atrapados, de vuelta entre los vivos.

Olvidad el amor, el amor nunca ha vencido a la muerte. Es el odio, la venganza, ese animal que nos roe las entrañas, lo que en verdad los impulsa y obliga a seguir en un mundo que ya no les pertenece. Muertes injustas (quizás todas lo sean), mentiras, delaciones... todas esas pequeñas y grandes traiciones son las que impiden a los muertos marcharse de manera definitiva.

Son los Yūrei, las almas tenues, los que se quedaron atrapados en el breve espacio delimitado por su muerte. Se quedan vagando por las viejas casas que van derrumbándose a su alrededor, o esperan en arcenes de carreteras secundarias que con el paso de los siglos se convierten en autopistas de cuatro carriles y, con el transcurrir de más siglos, vuelven a ser carreteras sin nombre para ser, al final, caminos de tierra que llevan a ciudades en ruinas.

Y entre todos esos siglos ellos siguen ahí, unidos a ese hilo invisible. Ven marcharse a los seres queridos y a los odiados hasta olvidar los rostros y las voces que alguna vez fueron toda su existencia. Ven derrumbarse todo su mundo y, entre parpadeo y parpadeo, contemplan como todo vuelve a levantarse en un bucle sin salida.

Eso son los que tienen suerte.

Otros quedan atrapados en los objetos que más apreciaron en sus vidas. Una delicada pluma estilográfica con incrustaciones de oro, la edición especial de ese libro tan preciado y único con la firma de un escritor suicida... observan esos objetos pasar a otras manos, manos extrañas y sucias. Los maltratos y la falta de cuidados, las sucesivas ventas a otras manos, el olvido... quién sabe si su destrucción definitiva.

¿A dónde marchan los Yūrei cuando muere aquello que los ataba a este mundo?

No marchan, se quedan en ese instante y lugar. Un lugar desconocido y aterrador a la espera de que todo vuelva a empezar. Si tienen suerte volverán a ver todos los errores de su vida y esta vez podrán remediarlos. Apagar el odio, dejar de sentir, reconciliarse con ellos mismos. Eso es lo que piensan, que de verdad merecen otra oportunidad de ser mejores.

Lo cierto es que no, nunca tienen tanta suerte, pero no pueden dejar de intentarlo.

Deambulan por los recodos de lo que fue su vida, observan a los vivos, anhelan comunicarse, expresar ese odio con palabras conocidas, explicar aquello que les ata a este mundo. Pero no tienen forma de cruzar la frontera, para lograrlo se necesitaría algún material especial, algo a medio camino entre lo físico y los sueños.

¿Cómo un carrete de fotografías de 35mm?.

Exacto.

Es una Yashica MG1 comprada en un mercadillo de Praga, el vendedor fingía no hablar mi idioma y yo no lograba entender el suyo. Pagué un precio absurdo por ella sin saber el motivo. Se le enganchan los dientes al poner un nuevo carrete, el fotómetro nunca logra ponerse en verde... y es mi cámara favorita.

En ciertas fotos, quizás sean los lugares, la luz que cae sobre ellos o la composición atrapada en el visor (es imposible saberlo), el Yūrei deja su huella. Aparecen rostros, borrones de personas que no deberían estar. Fenómenos luminosos, extraños e inexplicables quedan plasmados en el negativo.

Son los jirones de su vieja vida.

Un pequeño escalofrío me recorre cada vez que emergen del baño químico al hacer el revelado. Aún así los recibo como viejos amigos que me hicieron daño pero a los que no guardo ningún rencor.

Cada una de esas fotos es un grito desesperado en un idioma desconocido. La angustia del genio atrapado en la lámpara intentando llevar algo de luz a un rincón del que nunca podrá escapar.

He llenado mi casa con esas fotos, aparecen en la nevera, sobre la mesilla, aparecen traicioneras al abrir un cajón de la cocina. Son un recordatorio, una luz que me avisa para no llenar mi vida con odio.

Nada te pertenece, me dicen, nada nos llevaremos y nada durará para siempre. Es inútil tanta pelea, tanta ambición, tanto aferrarse a personas y objetos que nunca nos hicieron mejores.

Cada una de esas fotos es una lección que no debo olvidar.

Era su forma de esquivar el vacío que lo devoraba todo a su alrededor. Por eso nunca cerraba ninguna de esas habitaciones, intentaba fingir que aún había un hueco para aquella normalidad que tanto añoraba.

una fe inquebrantable

El pequeño ratón, bigote enhiesto y hocico rosado, no sabe nada en absoluto del laberinto. Las paredes de cartón cambian su configuración cada día y él sólo intuye un orden superior que guía su vida hasta el ansiado premio final, un trozo de queso grasiento y un poco sobado que reposa sobre un atril de metacrilato.

El laberinto es su vida, todo lo que necesita conocer, y el queso todo lo que ansía conseguir en su corta y frustrante existencia. Si en algún momento fuese elevado a las alturas del laboratorio por alguno de los tipos de batas blancas para enseñarle la realidad, se negaría a creer lo que ve. Concluiría que esa visión, el laberinto, los ordenadores, las mesas llenas de objetos, son fruto de la locura. Su vida entera es el laberinto, eso es todo lo que tiene y nadie deja de creer en algo si la alternativa es un vacío aterrador.

Cuando era muy pequeño creía en Dios y en muchas otras cosas que he ido relegando a olvidados cajones. Crecí en un lugar donde era todo en blanco y negro del que sólo recuerdo ver pasar a la altura de mis ojos tobillos regordetes embutidos en medias de color carne y botines gastados que relucían de tanto uso.

De vez en cuando era tomado en brazos y contemplaba rostros que olían a tabaco, lejía y miseria. Era el mundo de los adultos, me lo enseñaban llenos de orgullo y yo lloraba desesperado. Así es como salgo en casi todas las fotos de aquellos años. No era capaz de expresarlo con palabras, pero me sentía como el ratoncito de ahí arriba ansiando volver a la seguridad de su laberinto.

Me costo muchos años descubrir que todos esos adultos a los que había entregado mi vida chapoteaban en el mismo caos y la misma tristeza que yo, todos igual de perdidos y asustados ante lo que nos rodeaba. Fingiendo, crispados, que todo era normal, que la vida era exactamente eso, porque, ¿qué otra cosa podía ser?

Una parte muy importante de mi vida se vino abajo al sentir ese vacío, la nada ante mi ojos. Aún así logré construir algo parecido a una existencia aferrándome al Dios de los adultos y al que rezaba, pedía ayuda y suplicaba perdón para casi todo. Me masturbaba y le pedía perdón, golpeaba a otros niños y rogaba su piedad. Todo era sometido a su escrutinio y su moral... era agotador.

La vida, ajena a mis problemas, siguió su curso. Me hice un adulto prematuro y decidí buscar otros Dioses más acordes con la persona moderna e inteligente que me creía. Leí todo lo que encontré en la mísera biblioteca del barrio hasta decidir que éramos una simulación informática, un programa ejecutándose en las entrañas de algún súper ordenador cósmico. Los parpadeos de mis ojos cansados de tanto leer, eran tasas de refresco, el dormir, operaciones de mantenimiento.

El adulto prematuro de entonces es ahora un viejo cansado que ha dejado de creer y lo lamenta. Me gustaría recuperar la fe inquebrantable de ese ratoncito en su laberinto de cartón. Volver a convertirme en un niño que encuentra consuelo y seguridad en el mundo de los adultos y en la búsqueda incansable de ese trocito de queso que otorgará algo de sentido a todo este lío enorme de vivir.

Para Manuel, si logras escapar no olvides volver para contarnos la realidad

¡nada de caballos!

Nadie en todo el continente recordaba un talento parecido, ni aún rebuscando en los ajados libros de las bibliotecas que olían a moho y desidia, había rastro de nada igual. Parecía un entendimiento llegado de otro mundo, un lugar faérico donde el mármol podía adaptar cualquier forma siguiendo unas reglas que nada tenían que ver con las de la física.

El viejo escultor no tenía competencia, era así de simple y de doloroso para todos aquellos que peleaban por las migajas que dejaba a su paso. Había llenado de estatuas la ciudad imperial llevándose por delante cualquier obra de otros artistas y cada mes derribaban estatuas, monumentos y columnas de siglos pretéritos para dejar sitio a sus nuevas creaciones.

Una vez que veían los resultados nadie quería más obras que las suyas para coronar sus palacios y avenidas. Todos, emperadores, obispos y nobles hacían cola para poder presumir de tener alguna pieza, por pequeña que fuese, de aquel genio.

El artista se negaba a explicar el secreto de su arte, la magia que guiaba sus manos peludas y un tanto simisecas. En un taller, cercado por enormes vallas y custodiado por una guardia pretoriana de tipos con la palabra problemas tatuada en sus frentes, se refugiaba sin querer aceptar ningún ayudante ni aprendiz. Cada semana llegaban candidatos y emisarios para intentar hacerle entrar en razón y él los despedía con palabras blasfemas que sólo a él le permitían.

Esta loco, concluían. *Cuando muera nadie más será capaz de hacer esas composiciones, todo ese talento se habrá perdido.*

Lo más extraño, comentaban todos, es que apenas se veían entrar cargamentos de piedras en aquel recinto. *Su talento es tan grande*, decían, *que apenas desaprovecha ni el más pequeño guijarro*.

A veces llegaban a la vetusta ciudad viajeros cubiertos de polvo que miraban estupefactos las creaciones del escultor. Daban vueltas alrededor de ellas enmudecidos, como atrapados en una vieja danza. No era la belleza lo que reclamaba su atención, no: en los delicados rasgos del mármol, entre las sutiles líneas de los torneados músculos creían reconocer los rostros de hijos, amantes o esposas, todos desaparecidos sin dejar rastro alguno de su paso.

Pero no, eso era imposible, se decían, esas esculturas eran demasiados perfectas, eso era todo. Sus mentes confundidas y cansadas les hacían ver a los seres queridos en aquellos rostros pétreos, esa es la única explicación lógica, ¿verdad? El cansancio, una pena irracional que no dejaba lugar para nada más. *Sí, debe ser eso, ¿verdad?*

El viejo escultor escuchaba en las tabernas esas majaderías de los viajeros y sonreía malicioso. Valoraba demasiado su propia supervivencia, pero a su orgullo le hubiese encantado explicar lo ocurrido con los desaparecidos.

Todos lo habían hecho por dinero, esa era la forma en la que se acercaba a ellos al principio, pero en el fondo querían ser inmortales, posar para el gran escultor y quedar retratados por los siglos de los siglos en piedra. Los había encontrado vagando por los caminos, huyendo de viejos fantasmas y hambrientos en sus estómagos y en su mirada. Tenían un agujero negro y ponzoñoso en el lugar en el que debería estar el alma y necesitaban para llenarlo algo que no encontraban en sus miserables vidas.

Ninguno sospechaba nada cuando les hacia tomar aquel brebaje antes de posar ante su cincel. *Tómalo*, les decía, *es para tranquilizaros, para relajaros y no estropear la pose, sois Hércules domando el toro de Creta, Sísifo empujando la maldita piedra, vamos, posa, será sólo un momento antes de ser inmortal, ¿no es eso lo que quieres?*

Ni tan siquiera les daba tiempo a poner cara de sorpresa cuando sentían a la poción convertir en piedra sus músculos, todo era demasiado rápido. El escultor nunca se había preguntado si les dolía, si aún quedaba algo de vida en ellos cuando quedaban atrapados dentro de aquella cárcel... lo cierto es que tampoco le importaba. Era lo que ellos habían elegido y él sabía que ciertos verdugos requieren de ciertas víctimas para hacer su trabajo.

Los únicos a los que aún no había podido convertir era a los caballos. No se dejaban, eran demasiado inteligentes aunque fuese de una manera primitiva. Siempre le salían asustados, con los ojos totalmente enloquecidos como intuyendo su destino. Con las personas era distinto, más sencillo. Siempre tan estúpidas, tan vanidosas, deseando su pequeño trozo de inmortalidad sin entender el precio que tendrían que pagar.

Por eso nunca aceptaba encargos de caballos, *¡nada de caballos*!, gritaba cada vez que alguien se lo proponía.

en la ciudad más triste

Vivimos en la ciudad más triste que jamás una mente triste pudo imaginar. Desde las ventanas, cubiertas de una gruesa capa de salitre, veo cada mañana a las gaviotas aullando desesperadas. Unos gritos guturales, primitivos, demasiado profundos para unos cuerpos tan pequeños. Aullan poseídas, arrastradas por el profundo dolor que junto al salitre y la contaminación parecen posarse sobre los tejados de la ciudad más triste del mundo.

Son las almas de los marineros ahogados, me explicó mi compañero de piso. Sus almas se refugian en los cuerpos de las gaviotas y vuelven a tierra para contarnos cómo fue su muerte, para intentar explicarnos los horrores que nos esperan cuando sea nuestro turno.

Después cerraba la ventana y seguía con su vida como si nada. Se había vuelto inmune al dolor, a la tristeza que parecía invadir todo lo que tocábamos. Inmunizado a ese cielo sin estrellas que nos cobijaba, a las nubes eternas que junto al hollín de la contaminación amenazaban con sepultarnos.

Nuestros días son grises y trágicos, siempre cubiertos de una incierta ceniza que nos va ahogando poco a poco hasta hacernos desaparecer, y nuestras noches infinitas, un largo contener la respiración hasta ver aparecer una cansada línea de luz por el horizonte que nos otorga un breve -y falso- atisbo de esperanza.

Pero ni tan siquiera eso durará para siempre. En algún momento ese Dios vengativo de las alturas hará chasquear sus dedos y devolverá a nuestra raza de vuelta al lodo y el olvido que sin duda nos merecemos. Sólo salvará a las gaviotas aulladoras porque ellas han demostrado ser más dignas que todos nosotros. Su destino esta unido al nuestro, cierto, pero ellas se han rebelado, no lo aceptan con resignación. Tienen la valentía de no dejarse engañar, de escupir al rostro del verdugo y morir gritando una verdad que nos negamos a escuchar.

Vivo en la ciudad más triste que jamás una mente triste pudo imaginar. Vivo y no concibo escapar.
Vivo en la ciudad más triste de este país, es tan triste esta ciudad que, por aquí, cuando alguien se ríe, lo hace mal.

Nacho Vegas

Pero el vacío siempre encuentra la forma de abrirse camino entre nuestras esperanzas, aunque necesite toda una vida para lograrlo. En sus últimos meses de vida las plantas ingratas no paraban de secarse a su alrededor y ella empezó a tropezar con los viejos muebles que tendían emboscadas a las pantuflas que arrastraba por toda la casa.

Nada más tomar la última curva del puerto apareces casi de golpe en un terreno plano y despejado. La tierra parece haber recibido un hachazo terrible que ha divido en dos el territorio y de esa herida brota un riachuelo que llega manso hasta el pueblo de la ladera.

La primera vez que llegué allí, cuando vi la niebla de la mañana, los pájaros cruzando el cielo y el sol brillando al final de la carretera lo supe, había llegado a casa. Como si cada golpe recibido, cada tropiezo en el camino hubiesen sido la preparación para ese momento. ¿Te lo puedes creer?

Le creí, claro que le creí. Todas las vidas desembocan tarde o temprano en el cansancio, una especie de derrota aceptada y a veces hasta buscada de la que él llevaba toda una vida escapando. Lucíamos nuestros trabajos, nuestras parejas y pequeños logros como trofeos de caza y él nos negaba con la cabeza. Sonreía al vernos tan felices y decía que no, que él no había terminado de buscar. La vida era otra cosa y aún no se había rendido.

Los luminosos locos, los eternos buscadores de tormentas imaginarias... en el fondo queremos verlos caer, salirse en la primera curva de ese camino que se empeñan en recorrer y que nosotros abandonamos demasiado pronto. Porque, si tienen éxito allí donde nosotros hemos izado banderas de rendición, ¿qué sentido tendrían nuestras vidas construidas con tanto esfuerzo?

Lo supe nada más verlo, sigue contándome en la carta, baje del coche, respire hondo y decidí que ya no me marcharía de allí. También hice una foto, añade, era como empezar a escribir las páginas en blanco de un diario, un diario que seria el resto de mi vida.

Mire dentro del sobre, no había rastro de la foto y tuve que dibujar de memoria esa carretera húmeda de rocío, la niebla lamiendo las crestas de las montañas y esa luz que se pegaba al cuerpo como una promesa de algo más.

La foto se cruzo en mi vida algunos años más tarde, cuando guardamos los últimos rastros de su vida en cajas de cartón. Apenas diez cajas apiladas contra la puerta que me parecieron pocas, muy pocas cuando las enfrenté al recuento de lo que ocuparían todas mis posesiones.

En ese instante comprendí lo que él llevaba toda una vida intentando decirnos, las vidas grandes no necesiten grandes cajas para ser guardadas y todas esas cosas que con tanto empeño atesoramos no sean nada más que una huida de lo inevitable. Muros de cartón que levantamos para no contemplar el vacío enorme que nos rodea, el queso que colocamos al final del laberinto, los cuadros comprados para una casa en llamas.

Entonces encontré la foto, salió a recibirme entre las hojas de un libro de Kerouac y recordé aquella carta. Dejé las cajas sin cerrar, los libros amontonados, la casa sin barrer y subí por la carretera del puerto hasta allí arriba para despedirme...

Era exactamente como lo había imaginado.

> *…la única gente que me interesa es la que está loca, la gente que está loca por vivir, loca por hablar, loca por salvarse, con ganas de todo al mismo tiempo, la gente que nunca bosteza ni habla de lugares comunes, sino que arde, arde como fabulosos cohetes amarillos y entonces se ve estallar una luz azul y todo mundo suelta un ¡Ahhh!*
>
> *Jack Kerouac*

nos vemos en el camino

El mundo de mis gatos es un mundo pequeño. Abarca las diferentes habitaciones de la casa -que recorren en orden siguiendo estáticos la posición del sol- y la valla del jardín trasero por la que desfilan como centinelas desde el comienzo hasta el final de la propiedad. Esa valla representa el finis terrae de todo su territorio, desde allí, antes de que el aire intentase asesinarnos y nos recluyesen en nuestras casas, se veía el camino comunitario lleno de niños en bicicleta y parejas furtivas de jóvenes buscando el anonimato del atardecer.

Mis gatos pasan las horas subidos en esas vallas observando entretenidos el ir y venir de las personas y el vuelo errático de los pájaros. Unos pájaros a los que en sus años de cachorro miraban con unos ojos llenos de hambre y que ahora, con el paso de los años, han convertido en una expresión de indiferencia, una especie de sabiduría zen que se me escapa.

En el mundo de mis gatos no queda espacio para las noticias que vociferan cada día desde la vieja radio de la cocina y que sigo de manera puntual, encogido y asustado como a la espera del golpe definitivo. Ellos no llevan el feroz recuento de los muertos ni han quedado atrapados en una sensación de irrealidad. Su mundo tiene unas reglas mucho más sencillas, ni tan siquiera tienen que entenderlas para cumplirlas.

Aún así creo que algo sospechan. En las últimas semanas que hemos pasado tantas horas juntos veo asomar a sus ojos una pregunta que no se atreven a formular.

Creo que han comprendido que al final lo hemos hecho. Hemos destruido todo en nombre del progreso y la naturaleza, ese ente sin rostro, se ha limitado a recordarnos con indiferencia lo poca cosa que somos para ella.

Cuando nos permiten ver el fuselaje del mundo, el montaje tras el escenario, nos asustamos, corremos despavoridos a poner delante cualquier cosa que pueda taparlo. Algunos pondrán sus trabajos, sus hijos o su fe con la misma convicción con que otros presentaremos un puñado de letras y unas cuantas fotografías que en su momento nos parecieron importantes. Cualquier cosa vale para no reconocer el vacío inmenso que nos rodea.

Y ahora que nos hemos quedado sin excusas hemos perdido también las palabras. Nos enfrentamos a la ingravidez de nuestro paso por el mundo sin nada con lo que poder enfrentarlo. Así de frágiles somos.

Mis gatos, con toda su indiferencia zen, lo intuían. Presentían a la altura de sus bigotes el fin del mundo y de alguna manera llevan toda la vida preparándose para ello.

Porque los gatos, si hay una cosa en la que de verdad creen, es en el Apocalipsis.

el Apocalipsis según mi gato

mis manos

Existen personas que entran en tu vida sin avisar y parecen destinadas a descolocarlo todo a su paso. Justo cuando tenías el rumbo trazado y la mano firme en el timón te roban todos los mapas y pegan un imán a la brújula.

De alguna manera esas personas convierten tu vida en una versión mejorada de aquella a la que estabas destinada, y debes estar agradecida por ese regalo aunque no se queden para ver el resultado porque, aunque entonces no lo sabías, no estaban destinadas a estar en tu vida para siempre.

Cuando posaste una cámara de fotos entre mis manos, sentí que empezaba algo nuevo de lo que ya no podría separarme. La deje palpitar entre mis manos como un animal torpe y herido que hubieses encontrado en el bosque y ya nada volvió a ser lo mismo.

Un mundo desconocido necesita un nuevo vocabulario para volverse real. Me tomaste de la mano y abriste camino por una espesura de palabras desconocidas hasta entonces, obturador, diafragma, complementarios... Términos extraños que tú manejabas como pequeñas perlas preciosas que estabas deseando compartir con alguien.

Comprendí que lo que ocurría dentro de aquel caparazón metálico era una cuestión de magia, que mi vida sería otra cosa distinta y que tú, quizás sin proponerlo, habías dado un pequeño empujón a un trompo que giraba sobre sí mismo en una perfecta y aburrida línea recta.

Desde ese día todo se redujo a coleccionar instantes que son, en realidad, ausencias que una vez reunidas se convertirán en algo real. Algo mucho mejor, más completo de lo que eran por separado. Creo que esa es la misión última de la fotografía.

Tengo que creer en mi misma aunque nadie más lo haga. Sobre todo, esa es la lección más importante, cuando nadie más lo hace. No debería ser tan complicado.

Mis manos los saben todo sobre la fotografía. Se desperezan al lento sol del invierno y su piel se eriza de puro placer. Enseguida calculan la velocidad, el ISO, el diafragma. Puedo cerrar los ojos y, aún así, son capaces de recorrer los botones, de girar el anillo de enfoque y calcular las distancias.

Sin embargo, una vez pulsado el botón de disparo mis manos se desentienden del resultado y nunca aparece la fotografía perfecta en el visor. La foto que me redima, la que lo justifique todo. Es como avanzar contra una muro del que desconoces su posición exacta y que sólo se vuelve real cuando lo has golpeado con todas tus fuerzas.

El invierno en el que todo se vino abajo, la radio anunciaba el fin del mundo. La nieve lo cubría todo y el mundo parecía una madriguera uniforme bajo aquel blanco infinito. Los aeropuertos cerrados, las carreteras bloqueadas y mi corazón encogido dentro de su caparazón como una marchita cáscara de nuez.

La maleta cargada con tus cosas aguardaba paciente, sólida y demasiado real junto a la puerta. Cada vez que pasaba a su lado la miraba con recelo y esperaba que en algún momento le saliesen unas patas torcidas y peludas e intentase devorarme.

Era el momento de empezar a construir una nueva ausencia, la más dolorosa de todas. Una ausencia que, sin apenas saberlo, he estado llenando de fotografías desde entonces.

Mi abuela no entendía nada de todos esos cambios que llegaron sin ningún aviso. Observaba sus manos que no dejaban de temblar llenarse de una mirada de puntitos y nos miraba aterrada sin poder decir una palabra en busca de una respuesta que no supimos darle. La oscuridad, casi al final del todo, ganaría ese territorio defendido con tanto ahínco porque la oscuridad no tiene prisa, nos deja que corramos, que luchemos y nos desesperemos en pequeñas batallas que son un simulacro de existencia. La vida, como el olvido, siempre serán de esa oscuridad que percibimos acechando en cada paso que damos.

gente que espera

Las ciudades se han llenado de gente que espera. No hacen nada más, esperan su oportunidad, aguardan pacientes miles de cosas que no sabrían explicar y que nunca terminan de llegar... La sonrisa fugaz que sea la justificación de todo, el abrazo que salva un año horrible...

La mayoría nunca salen de esa espera. Acumulan barricadas hechas con latas de cerveza barata y ven pasar calendarios hasta acabar mimetizados con el gris del asfalto. Estan ahí, arrastrando sus vidas entre soportales y bocas de metro atrapados en esa larga espera mientras caminan, sólo caminan como autómatas sin voluntad. Nunca dejan de esperar el instante mágico, la luz cegadora que iluminará todo con un nuevo sentido.

Es fácil perder la esperanza.

Fingimos no verlos cuando pasan a nuestro lado y nos tienden una mano mugrienta y temblorosa. Todos parecen enfermos y enajenados, tienen el mal de la piedra en los huesos de tanto dormir en los bancos y los portales. Se les ha pegado la palidez del mármol en la piel, la rigidez del granito en las articulaciones y apenas hablan porque han comprendido que nada tienen que decir.

Apresuramos el paso cuando nos cruzamos con ellos y dejamos de pensarlos en cuanto quedan atrás. Por eso **corremos**, por eso todo el mundo en las ciudades va tan **deprisa**. Todos parecemos saber donde nos dirigimos aunque en el fondo no sabemos nada, confundimos la acción con la huida. Nos aterra quedarnos quietos, en silencio por un instante y a solas con esa voz que hemos dejado de escuchar pero no ha dejado de resonar con el murmullo de la caracola que encontramos en la playa de nuestra infancia.

Nos aterra levantar la cabeza un mal día y detenernos un instante a pensar. Así es como empieza todo, quedándote quieto en medio de la corriente de gente que te devora mientras sigues con los ojos una luz entre las nubes, rozando con los dedos una idea, un pensamiento apenas concebido que te invita, casi te suplica, a abandonar la carrera, la pelea, la gran mentira sobre la que construimos nuestras vidas.

Mira, esta es tu vida, ¿comprendes lo inútil de esta carrera?, ¿donde quedaron tus sueños?, ¿tus esperanzas?, ahogados, ¿verdad?, perdidos en medio de esta lucha que no deja sitio para nada más. Ven conmigo, nos dirá esa luz, ven a ese lugar sin dudas ni miedos ni iras. Vuelve conmigo a ese lugar que perdimos siendo niños.

Nos aterra quedarnos quietos y escucharnos porque, sospechamos, después de eso el movimiento será imposible. No podremos volver a nuestras rutinas, a las prisas y los días con sus pequeñas mentiras y grandes miserias. Si nos quedamos quietos, la gente empezará a pasar a nuestro lado sin míranos y un día, un día seremos nosotros los invisibles.

Llevo las últimas cuatro semanas conviviendo con un rosal como única compañía. He trabajado, comido y leído a su lado. Con el paso de los días he visto brotar capullos apretados como el puño de un recién nacido que, sin apenas darme cuenta, se han ido convirtiendo en puñados de hojas marchitas.

Las historias no arreglan nada ni salvan a nadie, pero quizás hacen del mundo un lugar más complejo y a la vez más tolerable. Y a veces, sólo a veces, más hermoso. Las historias son un modo de sustraer el futuro del pasado, la única forma de encontrar claridad en retrospectiva.

Valeria Luiselli. Desierto sonoro.

Me gustan las personas que cuentan historias, las que son capaces de ver algo desconocido y no salen corriendo en dirección contraria. Se acercan sin miedo a ese algo y lo atrapan por las patas traseras para observarlo y poder contar lo que han visto a los que aguardaban a la entrada de la cueva.

No podemos culparles si a veces transforman esas historias cuando las repiten, una y mil veces, al calor del fuego. Añaden y quitan momentos, aparecen nuevos personajes y moralejas y acaban convertidas en algo completamente diferente.

Sólo las mejores de esas nuevas historias sobrevivirán, saldrán al mundo convertidas en otros relatos y vivirán en otras bocas que las volverán a contar al calor de otras hogueras, frente a otras personas y en otros lugares.

Esas narraciones viven con nosotros aún sin saberlo. No las contaron nuestras madres y abuelos, las escuchamos a veces a escondidas, a veces camufladas en forma de lección y otras como una penitencia. Se fueron acumulando en el subconsciente creando capas geológicas de enseñanzas, consejos y supersticiones hasta formar parte del Talmud sobre el que construimos nuestra existencia. También son una forma de hacer soportable la realidad, de dotar de sentido y finalidad al caos que nos rodea.

Las fotografías son otra forma de narrar una historia, pero es una forma tramposa porque son relatos inconclusos, sin inicio ni final. Una fotografía es la página de una novela que abrimos al azar y de la que imaginamos el resto del argumento sin leer nada más.

En esa pequeña trampa vive también la fuerza de las fotografías. En ellas se cuentan tantas historias como espectadores porque, como en el río de Heráclito, nunca podemos ponernos dos veces ante de la misma fotografía.

descampados

En los años de mi infancia aquel lugar no era más que un descampado donde los proxenetas hacían carreras y derrapes en unos coches que parecían al borde del desguace. Un lugar baldío, territorio a medio camino de ninguna parte en cuyas veredas la gente arrojaba todo tipo de objetos que sobraban en sus vidas: neveras, sofás eviscerados, muebles vencidos... algunas personas encuentran un placer malsano en llevar la porquería de sus vidas a todas partes.

Años más tarde, ya en mi juventud, nos volvimos europeos y ciertas costumbres que nos parecían normales empezaron a causarnos una vergüenza terrible. Descubrimos la ecología, el consenso y un futuro brillante ahí mismo, al alcance del paso que nunca dimos. Ponían un micrófono de radio a los viejos del barrio y todos, todos sin excepción, afirmaban estar a favor del medio ambiente, del euro y de los homosexuales a los que siempre habían llamado mariconas, aunque eso ahora sonase horrible y no podía decirse en público.

Después esos viejos volvían a sus casas, movían la cabeza y decían para sí mismos, *el mundo se va a la mierda*. Porque eso es lo que decimos siempre los viejos, *el mundo se ha vuelto loco, todo se va a la mierda, etc, etc*. Y ya ves, ahí sigue el ingrato mundo, girando e ignorando nuestra profunda sabiduría de viejos.

El descampado también se nos volvió europeo. Quitaron la basura, plantaron paneles que explicaban el territorio y a los coches les impusieron un catalizador. Hasta los yonkis fueron tapados por un cartel enorme de una familia estándar que anunciaba lujosos apartamentos en las afueras. La gente del letrero parecía felizmente adocenada y sana, pero en sus ojos latía la misma furia y el mismo hambre que en los ojos de los drogadictos del antiguo descampado. Nuevos tiempos, distintas drogas.

La España rancia en blanco y negro cedía el paso avergonzada ante la nueva Europa. Quizás no os lo parezca, pero en España se avanza, ya lo creo. El problema es que son pasos pequeños, diminutos, imperceptibles. Casi a vista de microscopio y siempre a punto del retroceso un poco más atrás del punto de partida.

En mi última visita, el descampado era un parque natural. Sólo puede recorrerse por los caminos marcados, tiene una tienda de regalos, un centro de interpretación y lo han llenado de carteles que explicaban lo frágil de aquel paisaje.

El progreso era eso. Acorralar la naturaleza tras una valla, meterla en una urna y contemplarla desde la distancia hasta que se nos muera de puro aburrimiento.

El mundo se ha vuelto loco, sí señor. Esto se nos va a la mierda. Haced caso a mi sabiduría de viejo.

Había días, quizás demasiados, en los que se despertaba llorando sin motivo y le costaba un mundo realizar las tareas más sencillas como hacerse un café y no digamos ducharse o afeitarse. Esos pequeños gestos requerían el empleo de toda su fuerza de voluntad y provocaban que quedase agotado, totalmente vacío, para el resto del día.

Aún así se negaba a pensar que pudiese estar deprimido. Si alguien hubiese pronunciado esa palabra en su presencia habría respondido con una carcajada que habría sonado rota, hueca a los oídos de cualquiera que escuchase con atención.

Por suerte la gente nunca escucha, se limitan a emitir palabras sin esperar respuesta. Simplemente llenan el vacío con el ruido de sus palabras porque les reconforta escucharse, posicionarse, tener una opinión ante el mundo.

Para salir de esos días sólo conocía una manera: cavar y cavar. Apoyado sobre las patas traseras y arañando con las delanteras, ciego, a oscuras y masticando toneladas de tierra. Exactamente como había visto hacerlo a un topo bastante feo en un documental sobre Australia, Canadá o algún sitio de esos a los que nunca iría y que bien podían ser lugares imaginarios, creados únicamente para rellenar horas de programación en la franja de los insomnes.

El problema es que él era un topo muy pequeño y encima suyo existían capas y capas de mierda, de dudas y de resignaciones a las que no sabía si podría enfrentarse en la estrechez de su galería.

A veces, sobre todo en esos días, creía que no podría. Que todo eso sería demasiado para un topo tan pequeño y que todo se le vendría encima en cuanto pensase demasiado en ello.

Cavar y cavar, no quedaba otro remedio, ¿verdad?

Mientras te vean cavar nadie pensará que estás deprimido, ese es el truco.

¡cava!

También la luz del sol ha cambiado estas semanas, ha rotado unos centímetros creando sombras y reflejos donde al inicio todo era claridad.

Todos tenemos algo que nos mantiene en pie. Un totem, algo a modo de estandarte en torno al cual hemos construido nuestras vidas sin apenas ser conscientes de su existencia.

Hasta que desaparece.

Puedes creer que todo sigue igual, nadie te culpará por ello. El cielo, azul y brillante, como una promesa, te abraza sin ningún reproche. En la cabina, la lectura de los relojitos con sus manecillas te dicen que todo marcha bien. No tienes nada por lo que preocuparte, ninguna duda, ninguna preocupación más que mantener el rumbo.

Pero lo cierto es que has dejado de volar, ya no lo haces ni podrás volver a conseguirlo jamás. Sólo es la inercia la que te sostiene ahí arriba. Aún no lo sabes, pero vives de algo que ya no existe, del empuje que lograste tener durante un instante mágico que creías eterno.

Hasta que desaparece.

¡Quiero volver al azul!
El que sentía pilotando aeroplanos de tinta y papel
Y de aeropuerto un diario en blanco

¿Dónde estás planeador?
Quiero el perfume del ahora y el aroma de una flor de piel
Yo que pensaba que aún volaba
Y era inercia

Love of lesbian, planeador

Mi adolescencia fue un destello que ocurrió entre juegos de ordenador. Un relámpago sincronizado con el de otros muchos como yo que escapaban a través de esas enormes pantallas de tubo de sus vidas en aquellos barrios obreros sin ningún tipo de épica.

Apenas tenía amigos y mi única compañía eran los personajes pixelados con los que pasaba meses compartiendo sus pequeñas vidas predeterminadas en forma de ceros y unos. Recorría incansable los escenarios, agotaba los diálogos y las opciones hasta que encontraba un patrón, una estela que podía seguir. En algún momento los personajes se repetían en su papel, empezaban las mismas conversaciones cómo si fuesen nuevas, los enemigos iban y venían por sendas conocidas... repetían gestos, golpes y movimientos.

Al principio era divertido descubrirlo, luego se convertía en una frustración.

Llevo seis meses en este trabajo y empiezo a sentirme atrapado en el decorado de alguno de esos videojuegos en los que cada día es idéntico al anterior. Mi compañero de mesa llegará dentro de media hora y nos entregará los mismos chistes de cada día como si fuesen caramelos que nadie quiere aceptar, la diseñadora con la que comparto mesa volverá a preguntar por el menú de la cafetería y al lado de mi teclado se seguirán acumulando papeles en capas geológicas de problemas que amenazan con fosilizarse.

Una vez descubres el patrón ya no puedes dejar de verlo. Se acaba la magia y sólo te quedan puertas dibujadas sobre el cemento que no puedes abrir.

Vuelvo a casa en el transporte público y es un cambio de pantalla, nada más. En esta tocan rostros cansados dibujados al neón en tonos grises y todo es demasiado sucio, demasiado triste... demasiado real. La mayoría guardan sus sonrisas para cuando aparezcan en las redes sociales, por ahora se limitan a apretar los dientes a punto de explotar. Veo demasiados dientes apretados en los últimos días, estamos esperando algo y sabemos que no llegará.

Seguro que son tan fatuos como yo, metidos en pensamientos similares que les hacen sentir especiales, únicos en nuestra uniformidad. Seguro que creen poder ver las cosas de manera ascética, desde fuera, sin ser engullidos por la realidad. Pues mala suerte, chicos: a todos nos devoraron y escupieron los restos hace ya demasiado tiempo. Los que intentéis huir acabareis también en el estómago de la bestia, pero lo haréis más cansados.

Recuerdo uno de esos juegos de mi adolescencia. Un oficinista aburrido que no podías ver, llamémoslo Dios, te lanzaba piezas de distintas formas y colores que ibas encajando como podías. Si lograbas encajar los colores sin dejar un hueco, las piezas desaparecían dejando un espacio para las nuevas y sumabas miles de punto al marcador.

La mayoría nos ahogamos en ese mar de piezas incapaces de de organizar nada. Las piezas se acumulan y haces lo que puedes con ellas, que es nada. Siempre esperando la pieza faltante, la que te salva, la que haga saltar la banca, pero en el fondo es un constante ahogarse de mierda.

Otros no, claro, otros han nacido para ese juego. Intuyen, tienen una magnífica visión espacial de la que presumen. Pero no, no es eso, en el fondo tienen a ese oficinista aburrido de su parte, hacen trampas, aunque nunca lo reconocen: lo llaman visión, inteligencia, fuerza de voluntad, pero son eso, trampas. Las llevan haciendo tanto tiempo que no se dan cuenta de que lo son y se pasan los trucos entre generaciones sin compartirlos con nadie.

Son los que luego sacan pecho. Heredan puestos, posiciones, se juegan la vida en modo fácil y te hablan de la cultura del esfuerzo, del querer es poder y te hacen sentir como la porquería que eres. Viven vidas con las que sólo puedes soñar en los breves instantes en que no andas colocando piezas de mierda.

Les ha tocado la lotería, pero se ofenden cuando se lo recuerdas.

Así son la mayoría de las vidas en este país. Cuarenta y cuatro millones de imbéciles despertándose cada mañana para contemplar como a un millón de desgraciados les toca la lotería cada día

Lo máximo que se puede intentar es estar bien colocado en las estanterías del supermercado. Que te vean, que te cojan, que te necesiten, que no se olviden de ti. Si no te expones no existes. Si nadie te quiere a su lado, mátate, desaparece. La suerte no va a cambiar, siempre estarás solo.

Carlos Zanon. Nadie ama a un hombre bueno.

Habíamos llenado nuestra vida de aparatos electrónicos. Los suelos se barrían solos, la cafetera molía el café sin ayuda y podíamos regular el color y la cantidad de luz en cada habitación de aquella casa diminuta.

Nos sentíamos modernos y cosmopolitas, orgullosos herederos del zeitgeist de una época en la que hemos logrado conectarlo todo. Donde puedes dormir cada día al lado de un completo desconocido y saber todos los detalles sobre la vida de personas a las que nunca verás en la vida real.

Cada vez que lo precario de nuestras vidas amenazaba con tirarnos el decorado y el futuro llenaba de interrogaciones nuestras vidas, invocábamos nuevos aparatos que nos engendraban nuevas necesidades. Eran nuestra tabla salvación, gracias a ellos no corríamos el riesgo de darnos respuestas equivocadas a preguntas que no teníamos el valor de hacernos.

Nos habíamos quedado huecos por dentro, sin nada que ofrecer. Pero no por fuera, por fuera eramos brillantes, luminosos como fuegos artificiales. Observaba a nuestros compañeros de trabajo, a las amistades fugaces que nos empeñábamos en mantener, eran idénticos a nosotros... todas las sonrisas forzadas, las metas falsas... objetivos, logros, sueños... comprendo ahora, cuando ya no sirve para nada, que todo era mentira. Nada de todo aquello que creíamos poseer era en realidad nuestro.

La realidad es que no teníamos nada entre las manos, ni una idea original, ni nada digno de ser entregado como balance final de una vida.

No te culpo por escapar de allí, de la casa diminuta y de mi tristeza dulce y pegajosa.

El día de tu despedida decidiste llevarte contigo todos esos aparatos y sólo pude alegrarme por ellos. Seguro que has sabido encontrarles un nuevo hogar donde nadie los mire con desconfianza. Me los imagino desfilando tras de ti, rumbo a tu nueva vida como si fueses un flautista de Hamelín acorde a estos tiempos en los que la tecnología ha suplantado a todo lo demás.

No puedo evitar sonreír al hacerlo. Sí, aún sonrío, es lo único que me hace sonreír, los recuerdos.

Tengo que aprender a conjugarte en pasado. Olvidar el tiempo en común como se olvida un mal recuerdo. Debería mirar en Internet, seguro que venden algo que aún no tengo. Algo que sea la respuesta a esa pregunta que aún no soy capaz de hacerme.

Hamelín

Lo que “debería ser” nunca existió, pero la gente sigue empeñada en vivir acorde a eso.
No existe lo que debería ser, sólo existe “lo que es”

Lenny Bruce

retrovisores

Me hubiese gustado que las cosas fuesen de otro modo. Es una frase que uso (demasiado) a menudo, es una forma de quitarme de en medio, de decir que nada fue mi culpa. Fueron las cosas, ese colosal ente abstracto, las que decidieron ir en la dirección contraria a mi voluntad.

Soy de esas personas que vive con un ojo pegado a los retrovisores y el pie acariciando el pedal del freno. Siempre analizando las cosas que fueron, las que debieron ser y nunca se volvieron reales. El eterno inventario del pasado en busca de ese momento crucial que lo definió todo.

Es en esos retrovisores donde veo desaparecer cada uno de los momentos que nunca llegaron a ser reales. Aparece con nítida y dolorosa precisión el punto de bifurcación, las fatídicas coordenadas en las que se tomo una decisión que anulo todas las demás. Forman líneas de puntos difusas que nunca llegaron a ser más que una posibilidad, hilos finos que unen las miles, millones de vidas posibles que pude vivir y murieron por culpa de un parpadeo, una ligera desviación en el ángulo de la ruta. Se trata de algo quizás más fuerte pero indistinguible del simple azar.

No guardo rencor a ninguna de esas vidas que nunca fueron, ni desprecio la que finalmente tuve. Ninguna de ellas se encuentra por encima ni por debajo de las otras. Ninguna fue ni mejor, ni peor, fueron sólo eso, alternativas, piezas de un puzzle cosmológico. En algún momento me reencontraré con todas ellas y no encontraré motivo para sentir ningún rencor. De verdad que lo pienso.

Algunas de esas vidas serán brillantes y perfectas como gotas de agua, otras serán tristes y aterradoras, el reverso de la moneda. Quizás en alguna de ellas aprendí, por fin, la lección: que el truco era cortar el nudo, no despellejarse los dedos intentando desenredarlo.

Muchas de esas vidas, soy consciente, desaparecieron demasiado pronto para marcar alguna diferencia pero otras no, otras no morirán nunca porque lograron ser eternas. Esas son las que salvarán al resto, las que colocarán la pieza fundamental que faltaba para mostrar el resultado del rompecabezas, un pájaro azul, una naturaleza muerta... algo que sea bonito de contemplar, que no necesite justificar su existencia cuando la muerte, siempre pendiente de nuestros actos, trace la línea final del balance de nuestros días.

De verdad que lo pienso.

Es inevitable pensar que si ese pequeño mundo a mi alrededor ha cambiado yo también debo hacerlo hecho de alguna manera ajena a mi voluntad.

no puedo detener la lluvia

Oigo sus patitas corriendo sobre las tejas y el salto final, con ese ruido como de aire saliendo de los pulmones, cuando aterriza en el suelo. Se acerca a la puerta, se sacude el agua y me maúlla terriblemente enfadada. Ha sido sorprendida a traición por un puñado de nubes pasajeras que han descargado con furia mientras dormía al calor acumulado en el tejado.

Vuelve a sacudirse y me entrega otro maullido aún más serio. *No puedo detener la lluvia*, intento explicarle, *tienes que dejar que pase, como casi todo en la vida*, añado. *Las cosas siempre pasan, o al menos dejan de doler*. A veces me entrego a la filosofía de andar por casa, pero ella nunca me lo tiene en cuenta.

Ladea la cabeza y me mira con curiosidad. Creo que la he fallado como su pequeño Dios: puedo hacer brotar agua de piezas extrañas y metálicas o conjurar comida de cualquier lado pero no puedo evitar la lluvia. Soy un Dios muy limitado, indigno de cualquier plegaria.

Cuando comprueba que la lluvia no tiene intención de parar decide hacerse una bolita, casi la mitad de su tamaño real, y se queda junto a mi a contemplar los charcos en los que ahogan unas gotas enormes, suicidas y perezosas que se precipitan con fatalidad desde los aleros.

Me siento a su lado con un libro y contemplamos lo poco que queda del día esperando a que pase la lluvia. Porque, pasará, siempre acaba pasando... o al menos deja de importar.

Quizás no necesitamos ningún Dios al que entregar nuestros rezos y sólo nos haga falta algo de compañía cuando vienen a visitarnos todas esas cosas que caen inevitables como la lluvia y que no pudimos, o supimos, evitar.

Servicios cifrados, redes virtuales, accesos tor en cada nodo del sistema. Cualquier cosa que necesites para evitar miradas indiscretas sobre tus cosas. De quiénes sean esas miradas o lo que sean esas cosas nunca son asunto mio, ese el lema de mi negocio. Todo configurado con contraseñas aleatorias que nunca recuerdo y con parámetros que no apunto en parte alguna. Una vez que todo funciona desaparezco, ese es mi mejor truco de magia.

Siempre es dinero en negro, me lo tiran por encima de mesas grasientas en garitos de mala muerte tipos que intentan quedar bien dentro de un traje. Me miran con curiosidad felina, me analizan con un punto de desprecio. Me retan a que cuente el dinero del sobre, que les de un motivo para el enfado.

Nunca lo hago. Sopeso el sobre en mi mano, doy un par de golpes en la mesa con él y lo guardo en la mochila con mi mejor sonrisa. Esa sonrisa es lo último que reciben siempre de mi.

Soy bueno en mi trabajo, al final lo he comprendido. He cambiado de habitat y subido como un depredador por la cadena alimentaria. A mi alrededor ahora surgen tipos elegantes con bronceados tropicales en despachos de abogados del centro. Todo es lujo y glamour, pero los sobres siguen siendo idénticos. Esos tipos huelen mejor, nunca se manchan las manos y son los que más miedo me dan.

Siempre tengo miedo, constantemente. Es una sensación porosa que no deja de vibrar en el nadir de mi existencia. Eso es bueno, me digo, eso es que no confías en nadie. No lo hagas nunca.

Me gusta el dinero, es la conclusión inevitable. Nunca me pregunto lo que se oculta con ese dinero. O lo hago yo o encontrarán a otro que lo haga, esa es la excusa que pongo encima de la mesa para seguir haciéndolo.

He visto a muchos de mis clientes en la televisión, caras tapadas con una carpeta o una chaqueta a la salida del juzgado mientras un abogado con traje a medida intenta apartar los fogonazos eléctricos de los flashes.
Mi sistema no deja un atisbo de debilidad, sus secretos se encuentran seguros en el fondo de las entrañas. Mis pequeños aguantan los embates de los uniformados y de los trajeados de hacienda. Los peces gordos vibran de pura lujuria al saberse impunes. Quieren llegar un poco más lejos en sus negocios, quieren un poco más de mi.

No están acostumbrados a recibir un no.

Estoy en la costa, temporada baja. En mi siguiente trabajo, el que ya he dejado de engañarme que será el último. Es un hotel a medio terminar cerca de la playa, sería un lugar bonito si hubiesen acabado de construirlo.

Siete habitaciones en la primera planta, todas cerradas con llave por fuera. Cerraduras electrónicas, puertas blindadas, más secretos, menos preguntas esperando respuesta.

Sistema de videovigilancia, también me encargo de eso. Una cámara apuntando a cada puerta, dos en los extremos del pasillo y otras dos en los huecos con visión nocturna. Todo cifrado, todo conectado y con baterías auxiliares por si los chicos malos cortan la corriente. Todo cifrado punto a punto, cada dirección IP formando una maraña de puntos alrededor de Europa. Imposible saber el origen o el destino, sólo conéctate y disfruta del espectáculo.

Mi epifanía llego al tercer día. A la salida del hotel subí por una ladera en la parte trasera, un puesto de observación privilegiado para mis prismáticos. Una hora más tarde aparece un coche negro imponente que parece deslizarse sobre el aire, un guardaspaldas se baja y sólo le falta besar los pies del tipo engominado, bajito y medio calvo que sale del coche. Memorizo la matricula.

Media hora después llega un coche de policía. Una reunión importante, guarda esa matrícula también, no te olvides de las caras. El tipo de la gomina huele a política, los uniformados apestan a corrupción. La convergencia en aquel esqueleto de hotel habla de negocios y de dinero.

Volví a mi habitación deshidratado, empapado y temblando. Me bebí el almuerzo: dos roinoles, dos cervezas y pesadillas en la cama. Debí gritar en sueños, quizás murmuré su nombre. Apareció ella dentro de un traje rojo lleno de transparencias colocadas en sitios estratégicos. Se puso a horcajadas sobre mi y murmuro mi nombre. Lo sentía todo pero estaba paralizado, sólo podía mover mis ojos pero no quería, estaban fijos en ella.

Soy la Diosa de la Sabiduría, me dijo aunque yo ya lo sabía. Después se llevo la mano derecha al tirante izquierdo del vestido y lo dejo caer. El lugar que debería ocupar su pecho estaba formado por una cicatriz que lo cruzaba de lado a lado. La herida parecía fresca, palpitante la carne rosada alrededor, la costra de un rojo vívido y poroso.

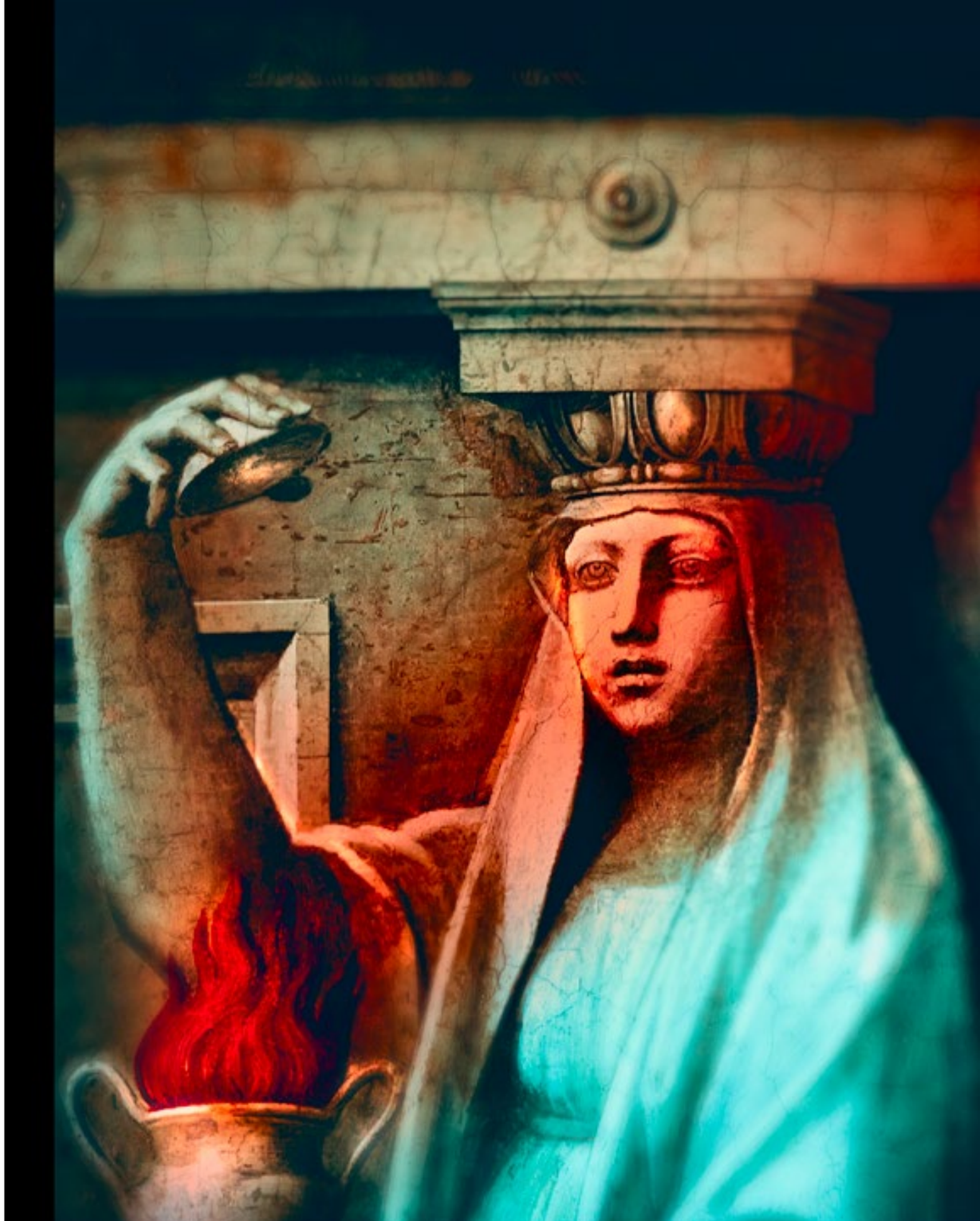
Ella tomo mi mano y la poso sobre la herida, me leyó el pensamiento. *Sí, duele cada día como si fuese el primero, nunca dejará de hacerlo*. Una sonrisa triste asoma a su rostro al decirlo. *No puedes alcanzar la sabiduría sin entregar algo a cambio, pero eso ya lo sabías, ¿verdad?*

Soltó mi mano de la suya y empezó a deslizarla con rumbo firme hasta llegar a mi entrepierna. Sonríe satisfecha al comprobar mi involuntaria erección. *¿Qué estarías dispuesto a entregar a cambio de saberlo todo?*

Me despierto metido en una batidora, me duele todo el cuerpo y apenas me reconozco en el espejo. Los roinoles y la cerveza son mi ayahuasca, pero ahora toca unir los puntos del acertijo, se impone un despliegue estratégico sobre la neverita de la habitación.

Es el principio básico de la alquimia: no puedes obtener algo de la nada, debes entregar algo a cambio. Pero nunca puedes decidir lo que entregas, esa es la parte que nunca te cuentan.

Apuro hasta el fondo las botellitas de la nevera y regreso de nuevo al espejo. Veo el rostro de la diosa y me parece la imagen más triste que he visto nunca. Lentamente se lleva los dedos a los labios en el gesto universal del silencio y una lágrima solitaria cae desde su mejilla hasta caer sobre mis manos.



Tampoco puedo evitar pensar que el final de todas esas transformaciones será, con la llegada del invierno, un puñado de hojas marchitas que tuvieron un breve periodo de esplendor justo en el medio.

We can be heroes llego a mi vida al inicio de los ochenta. Para mi se titulaba así, *we can be heroes*, porque venía grabada en una cinta pirata sin título entre otras muchas canciones que he olvidado.

Aunque entonces no lo sabía, aquella canción llevaba tiempo existiendo en el mundo antes de acabar en aquella cinta TDK. Había llegado a mi vida gastada, manoseada por miles de almas y gargantas que la habían escuchado y cantado por todo el mundo, pero en aquella España de mi infancia todo llegaba tarde. Y cuando digo todo, es todo, las canciones, las ideas... las ganas de escapar de lo que nos rodeaba. Nos estábamos ahogando y no lo sabíamos.

Mi hermano coleccionaba revistas de tecnología y era desolador cuando al pie de la página te soltaban que un juego o un nuevo ordenador *llegará a España a finales de año* o, la tristeza definitiva, *no se encuentra previsto su lanzamiento en España*. En esos momentos me daba vergüenza España y todo lo que esa palabra delimitaba, mis padres, mi barrio... mi vida.

And the shame, was on the other side.

Recuerdo el año en que descubrí la canción porque mi padre se había comprado un Ford Scort de color blanco. Es extraño, pero recuerdo el paso del tiempo por los vehículos que conducía mi padre. Tras su muerte todo se volvió más confuso.

We can be Heroes, just for one day.

Cuando conducía, mi hermano siempre me dejaba poner esa cinta y al llegar el momento cantaba conmigo el estribillo. *We can beat them, just for one day We can be heroes, just for one day.*

No recuerdo si sabía el significado de esas letras. Era la España en blanco y negro de las sotanas, los trajes gastados y las vacaciones en el pueblo. Esa canción parecía llegada de otro planeta, creada por seres que nada tenían que ver con nosotros para ponernos a prueba. Podíamos sentir su fuerza de forma primitiva, pero nunca llegaríamos a entenderla.

Quise poner esa canción en el funeral de mi hermano pero no me dejaron. En España esas cosas no se hacen, me explicaron pensando que me había vuelto loco. Lo enterraron en el pueblo de mi padre, con misa y un cura traído de la ciudad que no conocía de nada. Todo en blanco y negro, todo muy serio y en mi cabeza no dejaba de sonar.... *I wish you could swim like the dolphins, like dolphins can swim. Though nothing, nothing will keep us together. We can beat them, for ever and ever. Oh we can be Heroes, just for one day.*

Tuve un gato, mi primer compañero. Se llamaba Bowie y él también se marcho de mi vida. A eso se reduce todo, cosas que dejas marchar o desaparecen y cosas a las que intentas aferrarte como puedes. El balance nunca cuadra, eso es lo que te queda como conclusión: cada vez irán quedándote menos cosas hasta el vacío final donde estarás a solas con los recuerdos que hayas podido retener.

Había fogonazos de luz en aquellos días, aún soy capaz de traerlos de vuelta, pero con el tiempo todo se ha ido volviendo amarillo, el color de la derrota. Quizás sean nuestros ojos que han perdido la capacidad de ver el azul que nos rodeaba en aquellos años...

Los años en los que pudimos ser héroes.

we can be heroes

el niño fotógrafo

He vuelto al mar. Escribo esa frase al inicio de una hoja en blanco que me han prestado en la recepción del hotel y me doy cuenta de que no soy capaz de explicar todo lo que encierran esas cuatro palabras tan sencillas.

Al norte del norte, una referencia más vital que geográfica. El resumen de una buena parte de mi vida y la pira en la que arden gran parte de los "y si" que la han rodeado.

Cada vez que piso la arena de una playa lo hago por primera vez, es una sensación extraña. Nunca deberíamos intentar volver a esos lugares donde creímos ser felices porque ni los lugares ni las personas que los habitan son las mismas.

Las viejas canciones, las películas que nos abrumaron, esas sonrisas que perdimos o las que nunca dimos no son más que un inventario de derrotas, la pira en la que arden nuestros sueños y de la que renacen los miedos que intentar arañarnos la piel con sus uñas amarillentas de viejo.

Vuelvo a pisar las playas y al contacto con la arena siento que me voy limpiando, que de verdad es posible alcanzar ese instante mágico en que olvidas quién eres y puedes abrazar cualquier nueva religión que llame a la puerta de tu casa.

Cuando termino de hacer la foto descubro a un niño, moreno y flaco, con ojos enormes que parecen querer saberlo todo y que mira asombrado los objetos que he desperdigado por el suelo. La mochila abierta, el trípode, la lente con sus filtros...

Levanta la mano y me sonríe. Una sonrisa franca, la sonrisa de un niño. Sería bonito, pienso, que ese niño acabe siendo fotógrafo gracias a la magia del recuerdo que acabamos de crear. Que dentro de muchos años un periodista trajese de vuelta a la orilla de los recuerdos este instante y ese niño, ya adulto, diga que sí, que ese fue el momento, al verme en lo alto de las rocas, en el que decidió que la fotografía sería su vida.

Devuelvo el saludo y giro en su dirección la cámara hambrienta en busca de una nueva foto. Cuando logro enfocar descubro que el niño ha salido corriendo y no ha dejado más que un punto en la distancia.

el pequeño Martín

El cura que se encuentra a los mandos del oficio por el alma del pequeño Martín ha empezado a preguntarse ahora, unos minutos antes de iniciar la misa, si la violación que tuvo lugar en le pequeña rectoría habría tenido algo que ver con su repentino y trágico final que entre todos, padres, autoridades e iglesia, han intentado convertir en un desgraciado accidente.

Esa palabra, violación, he llegado de repente para quedarse revoloteando un rato sobre su conciencia. No sabe de dónde ha salido. Él, un hombre instruido que ha pasado toda una vida rodeado de libros jamás habría calificado como violación aquel desafortunado incidente. Es verdad, tiene que reconocerlo, que el sujetarle la cabeza entre sus piernas justo al final forzó un poco las cosas. Pero la puerta del despacho estaba cerrada sin llave, podía haber salido en cualquier momento a jugar con el resto de sus compañeros que golpeaban la pared con una gastada pelota de fútbol.

Lo cierto es que los dos estaban allí ese día por su propia voluntad por más que el cuerpo despeñado del pequeño Martín parezca querer imponer otro relato en su conciencia. Es muy difícil debatir con un cadáver. El pequeño Martín, roto y casi irreconocible al fondo de aquella sima parecía empeñado en imponer otra realidad más sucia sobre lo que ocurrió aquel día. No puedes discutir con los muertos, ni tan siquiera preguntarles nada. Son una presencia que anula todas las demás posibilidades.

La iglesia se va llenando poco a poco. El párroco conoce a casi todos los presentes. Rostros cetrinos, embrutecidos por las tareas infinitas que recaen sobre sus hombros hasta convertirse ellos mismos en polvo del camino. Cómo no iba a fijarse en el pequeño Martín, piensa, tan inmaculado, tan lleno de luz y que fue la única alegría que tuvo en los últimos años desterrado en aquel sucio lugar perdido en las montañas.

El pequeño Martín tuvo suerte, esta convencido de ello. Murió antes de ser absorbido por aquella tierra y desgastado por el sol inclemente que los ata a aquella tierra seca y maldita.

Pero la duda sigue ahí, ¿verdad? Trazando pequeñas galerías en el subconsciente.

Como hace cada vez que siente su fe tambalearse, el cura eleva los ojos al cristo doliente que corona el altar. Una figura hierática, casi aburrida y no parece dispuesta a fulminarle con un rayo divino ni, mucho menos, a resucitar el pequeño Martín para que pueda señalarle con dedo acusador. El rostro del cristo es una máscara de total pasividad, bastante tengo con lo mio, parece querer decirle.

En realidad, concluye el curo, lo mismo daría elevar los rezos a una piedra o, mejor, a una nube.

Las últimas semanas las ha pasado observando las nubes. En ellas hay mensajes escritos, lo sabe con seguridad. Señales que sólo él puede ver y que han sido grabadas por el mismísimo Dios sin intermediarios tallados en piedra. El poder comunicarse con Dios, aunque sea en una única dirección, es algo que le hace vibrar de emoción y de puro gozo. ¿Acaso existe una mayor prueba de santidad que el poder comunicarse con el altísimo en el idioma mismo de la naturaleza?

Un coro disonante de voces le hace bajar dolorosamente de la nube en la que se había refugiado. Aquel puñado de insolentes que se agolpa en la iglesia parecen tener prisa por abandonar la luz divina y volver a sus grises vidas.

Ya os enseñaré yo a tener paciencia, murmura. Quita el marcador de donde lo tenía preparado y avanza al azar por el enorme libro litúrgico de cantos dorados en busca del texto más largo que pueda encontrar. Había preparado una sencilla elegía, liviana y hermosa como el pequeño Martin, pero el grupo de cretinos que tosía y murmuraba a sus pies como un rebaño de acémilas nunca lo habría entendido.

Qué suerte, vuelve a pensar, tuvo el pequeño Martín de reunirse con su creador cuando su vida era aún algo único y luminoso como esas nubes que brillan con el sol justo después de la lluvia.

nuestros cuerpos

Desde la mesa de la cocina veo tus pies agitarse desnudos. Nada más, el resto queda oculto por la puerta corredera del comedor. No puedo adivinar si se han enredado entre los párrafos de un libro, o si siguen la estela de alguna de esas canciones que parecen seguirte a todas partes y que usas como un remedio contra todos los males.

Tus pies te delatan, no saben mentir con tanta sinceridad como el resto de tu cuerpo. Se mueven en círculos concéntricos, suben arriba y abajo, izquierda y derecha en una danza que es puro caos y erotismo. A veces quedan atrapados en un paso complicado, se detienen, encoges los dedos y vuelves a comenzar la danza desde el principio.

Es difícil saber en que andan tus pies últimamente. A decir verdad, es difícil saber en que andan en los últimos días nuestros cuerpos, el tuyo y el mio. Tus pasos y los míos parecen caminar en direcciones opuestas y nuestras manos ya no se reconocen al rozarse en la oscuridad. Acabarán abrazando el vacío.

Sospecho que tus pies están calentando, midiendo sus fuerzas para ver si serán capaces de no volver atrás cuando llegué el momento de ponerse a correr.

la pelea

La fotografía es una pelea constante entre la escena real que se desarrolla ante mis ojos y la toma idealizada en mi cabeza.

Una pelea que lucho con todas las armas a mi alcance. La principal es la cámara, un monstruo negro y pesado totalmente inerte pero que siento palpitar cuando la tengo entre mis manos. Pocas veces la cámara es suficiente, siempre peleo con todo lo que tengo aunque sea una batalla perdida, sobre todo si es una batalla perdida. A la cámara se le suman filtros, polarizadores, la afianzo firme sobre un trípode... Al final es un engendro extraño de muchas piezas que cuando se juntan te permiten hacer una fotografía.

Los resultados nunca son tan descorazonadores como para firmar la capitulación definitiva ni lo suficientemente buenos como para creer en la victoria. El día que haga la fotografía perfecta la lucha ya no tendrá ningún sentido. Habré ganado y todos esos objetos podrán descansar en el fondo de la mochila.

Quizás sea pesimismo, es una palabra que oigo demasiado a menudo. Puede ser, lo cierto es que no creo en las victorias, se encuentran siempre demasiado lejos y raras veces dependen de algo que no sea del puro azar. Creo en la lucha, eso sí, en la pelea. Las cosas deben pelearse y en esas cosas incluyo un largo inventario de instantes: las fotos, las cosas que escribo, las relaciones... La vida debe pelearse, no queda otra, la alternativa a eso no podría llamarse vida.

A veces golpeas con todo lo que tienes y lo haces hasta la extenuación para no lograr nada, pero eso no importa: es el acto de pelear, de no rendirse, lo que de verdad importa. Lo único que nos llevaremos con nosotros cuando alguien, quizás Dios, trace la línea final en el balance de lo que fuimos.

El detective lee con detenimiento la tarjeta de registro del desconocido que yace desnudo en la bañera. F.Marat, figura en el apartado reservado para el nombre.

Eso lo explica todo, le dice el detective al director del hotel que lleva media hora estrujando sus manos como si fuese a sacar algo muy valioso de ellas y que le mira con unos ojos vidriosos y estupefactos.

Algunas personas deberían tener una orden de alejamiento de una bañera, explica el detective que ha estudiado a los clásicos y que con un chasquido metálico cierra su libreta de tapas negras. *Lo que no debemos olvidar es que al final el destino nos acaba atrapando a todos. No importa lo lejos que hayamos llegado ni la velocidad a la que lo hagamos.*

El detective sale a la noche que lo recibe con un gélido abrazo y mira hacia el cielo que ha sido sustituido por unas luces palpitando con desgana. Como si alguien estuviese apuñalando lentamente el corazón de la ciudad, piensa con tristeza. Suspira con un cansancio inabarcable y vuelve a sentir una sed inmensa palpitando en su alma reseca.

Ante de ponerse en movimiento busca un cigarrillo olvidado entre los bolsillos, se sube el cuello de la gabardina y cala el sombrero sobre los ojos hasta quedar oculto entre los ropajes.

Nunca volvieron a verle.

Debe existir un momento en el que realmente comprendes que todo ha terminado. Una hora, una fecha y un lugar en el que dejas de correr, de luchar, de implorar y en el que terminas por aceptar que todos los esfuerzos de ahora en adelante serán en vano, preciosos en su inutilidad.

Pero es tan fácil engañarse, ¿verdad? Volver a las viejas rutinas que, como en un ritual chamánico, hagan girar la ruleta de vuelta al punto inicial donde todas las posibilidades era aún reales. Fácil soñar, fácil dejarse llevar por la ilusión... todo en vano.

A la altura de esta foto ya sabía que la planta moriría, lo he visto demasiadas veces como para fingir sorpresa. Pero no importaba, seguía buscando el primer sol de la mañana para colocarla en el mejor sitio, la seguía regando, incluso hablaba con ella... intentaba hacer cualquier cosa que me permitiese esquivar la realidad que arañaba nerviosa en mi puerta.

¿Y si todas nuestras vidas no han sido más que eso?, un cúmulo de derrotas que no aceptamos. Trabajos a los que llegamos puntuales esperando que alguna vez justifiquen todos nuestros esfuerzos, relaciones en vía muerta que intentamos reanimar con viajes, con charlas intrascendentes o, el horror definitivo, engendrando nuevas criaturas indefensas que cargarán con el peso de nuestros errores, programadas para buscar y tropezar en las mismas piedras en las que sus progenitores quedaron atrapados.

Debe existir un punto en el que comprendes que todo ha terminado. Es entonces cuando de verdad estás jodido porque ya no puedes sostener el engaño. Cada vez que mires a la pared, verás el decorado, toda la tramoya que sostiene la ficción.

Lo ideal, el secreto de la felicidad, sería no darse nunca cuenta. Vivir en una obra de teatro donde todos menos tú son actores. Donde puedas creerte tu papel. No, no creerlo, donde puedas vivirlo y donde ese puñetero rosal aún siga con vida junto con el resto de posibilidades sin gastar.